CAPÍTULO 1

Sierra

30 de agosto de 1997

Si fuera posible desconectar la mente del cuerpo gracias a un interruptor, Sierra lo habría pulsado.

Desgraciadamente no lo era, así que optó por la que consideraba su mejor baza dadas las circunstancias: música ensordecedora que amansara a la fiera interior que amenazaba con devorarla, y la placentera abstracción que le proporcionara alguna droga sintética.

La pista de baile estaba a rebosar de cuerpos sudorosos que chocaban unos contra otros; sin embargo, Sierra sentía como si sus extremidades flotaran en un tanque de aislamiento sensorial. Nada ni nadie existía a su alrededor.

Su cuerpo estaba en el centro del club, con los brazos en alto y los ojos cerrados, moviéndose al compás repetitivo de la música de The Prodigy, que reventaba los altavoces con una letra muy limitada y bastante ofensiva.

Tampoco es que le importara.

Su consciencia, en cambio, viajaba de un extremo a otro de su mente con la velocidad de una estrella fugaz, visitando lugares en los que había sido feliz, aunque fuera durante cortos espacios de tiempo. Porque si la vida le había enseñado algo, era que la felicidad nunca solía durarle demasiado.

El sonido de los sintetizadores a todo volumen le retumbaba en los oídos, embotándole el cerebro. Claro que eso, quizás, fuera a causa de la pastilla de MDMA que se había tomado al llegar

y que había ayudado a bajar por la garganta con un buen trago de vodka con naranja.

Aquello era perfecto.

No quería pensar. No quería que la estúpida canción terminara. Quería permanecer en ese estado próximo al letargo porque, en esos momentos, enfrentarse a las consecuencias de sus actos no era una opción válida. Necesitaba alejarse de su opresiva realidad aunque solo fuera durante unos minutos, unas horas, una noche... Tomaría con gusto todo el tiempo muerto que las drogas y el alcohol quisieran otorgarle.

«Mañana será otro día». Era una frase que le sonaba de alguna peli vieja, de esas que le gustaban a su abuela. Ahora mismo le venía como anillo al dedo.

La sorda cadencia de sus botas militares golpeando contra el suelo la fue devolviendo poco a poco a la realidad. Notaba el cuerpo empapado en sudor, hasta el punto de que los largos rizos dorados se le pegaban al rostro con cada vaivén desaforado de la cabeza. Sintió el cuerpo de un desconocido detrás de ella, agarrándola por la cintura y restregándose como un oso que necesitara rascarse contra un árbol. Aquello la asqueó de inmediato, aunque, sin saber muy bien por qué, dejó que aquel tipo siguiera frotándose tras ella.

Vuelve a casa.

Por un momento creyó que esas palabras habían sido susurradas en su oído, pero estaba segura de que no las había proferido el pervertido que aún tenía pegado a la espalda.

Vuelve a casa, repitió aquella voz femenina y que, de alguna manera que no sabría explicar, parecía venir del interior de su cabeza.

El final de la canción se superpuso con el comienzo de la siguiente sin dejar ni un solo segundo de descanso. Sierra abrió los ojos con dificultad y parpadeó varias veces, intentando en

vano disipar la nube que le enturbiaba la visión. No sirvió de mucho. Quizás fuera por la oscuridad, el humo o las luces parpadeantes, o tal vez por una mezcla de todas esas cosas; no obstante, apenas conseguía distinguir nada a su alrededor.

Sin embargo, allí había algo, justo frente a ella.

Una figura inmóvil plantada en medio de la pista de baile. Observándola.

Y Sierra supo con absoluta certeza que, de alguna forma, la voz que la instaba a marcharse provenía de aquella figura cuyo rostro no era capaz de distinguir con claridad.

Le sobrevino un fuerte ataque de náuseas y tuvo que apartar de un empellón al tipo que bailaba pegado a ella justo antes de salir corriendo hacia el baño, con la mano sobre la boca para tratar de contener las arcadas.

Las mujeres que esperaban su turno para entrar guardando una larga cola protestaron por sus empujones y Sierra acabó vaciando el estómago en uno de los lavabos, porque todos los cubículos estaban ocupados. Las parroquianas comenzaron a quejarse y a insultarla en cuanto se hizo evidente lo que estaba haciendo; solo una chica con un corte de pelo punk y los ojos enmarcados en un grueso *eyeliner* emborronado se acercó a ella y le sujetó el largo cabello.

—Gracias —articuló Sierra a duras penas cuando los espasmos desaparecieron.

—Si no nos ayudamos entre nosotras, nadie lo hará —comentó la otra muchacha encendiéndose un cigarrillo—. ¿Te encuentras mejor? —preguntó con genuina preocupación expulsando lentamente el humo.

—Creo que sí. —Abrió el grifo y, tras enjuagarse la boca y echarse agua en el cuello, intentó arreglar el estropicio que había causado.

—Me alegra no tener que ser yo la que limpie estos baños ma-

ñana —bromeó la chica punk y, sin decir nada más, volvió a su puesto en la cola, donde la esperaban dos amigas peinadas y maquilladas de manera muy similar a ella.

Sierra le dedicó un leve cabeceo a modo de agradecimiento antes de regresar a la sala con las piernas aún temblequeando y se dirigió directa a la barra, donde un colega le había guardado la chaqueta al entrar. Consiguió llegar a la salida renqueando y agradeció salir a la frescura de la noche, libre al fin del ambiente cargado del interior. Respiró hondo varias veces hasta que sintió la mente más despejada y los temblores cesaron.

Una vez que le pareció que comenzaba a recuperar la lucidez, decidió volver a casa a pie, pues apenas la separaban algunas manzanas de su apartamento y la caminata le vendría bien para terminar de serenarse. Así que metió la mano en el bolsillo de la chupa, se aseguró de que el espray de pimienta seguía guardado donde siempre e inició la marcha intentando no pensar en las tres pruebas de embarazo positivas que la aguardaban en el fondo de la papelera del baño. Tres palitos bañados en meados que señalaban en neón las malas decisiones que llevaba tomando los últimos meses (o más bien años) de su vida.

Al menos había acertado en una, y era la de sacar de su vida al inútil de Jeko, cuyos espermatozoides habían resultado ser mucho menos vagos que él. Sierra podía haber seguido haciendo la vista gorda ante sus engaños; sin embargo, si un tío tenía la osadía de ponerle la mano encima, solo lo hacía una vez.

Ahora tendría que emplear sus exiguos ahorros en deshacerse de aquello. Y ni siquiera había llamado aún a la clínica para saber por cuánto iba a salirle la gracia. ¿Cómo se suponía que iba a pagar el alquiler ese mes? Tenía dos trabajos, claro que dudaba de que alguno de sus jefes quisiera adelantarle parte de su sueldo.

Estaba jodida. Literal y metafóricamente.

Tomó plena conciencia de que ya no estaba tan colocada cuando casi había alcanzado el bloque de apartamentos en el que vivía, y en ese preciso momento vio por el rabillo del ojo una figura a pocos metros de ella que parecía seguir sus pasos. Todavía con las manos en los bolsillos, agarró con fuerza el botecito de defensa personal con una y las llaves de casa con la otra. Se giró de forma brusca para valorar si el peligro era real o si le daría tiempo de correr hasta su portal y abrir la puerta antes de que aquel tipo la alcanzara. La luz de las farolas era tenue, aunque pudo distinguir a un hombre de pelo escaso al que le estaba costando seguirle el ritmo. Iba trajeado. Los trajeados a menudo eran los peores. También llevaba un sobre de papel manila en la mano aunque, en ese momento, no le pareció relevante.

Sierra sabía que no se encontraba en plenitud de sus facultades, pero con tan solo apretar un poco el paso podía dejarlo atrás fácilmente. O al menos eso esperaba. Así que esprintó hacia el edificio y no paró ni echó la vista atrás hasta que oyó algo que la desconcertó:

—¿Señorita Rivera? —El cincuentón trajeado la llamaba por su nombre; y aunque introdujo la llave en la cerradura, se paró a mirarlo con gesto extrañado, mientras él, con poco resuello, daba grandes zancadas para alcanzarla—. ¿Señorita Sierra Rivera?

—Sí. Soy yo. —Tardó en contestar y se arrepintió al instante. Aquello era una puta notificación judicial, estaba convencida de ello.

—Permítame que me presente. Mi nombre es Douglas Fairfax, de Fairfax, Hollister y Bloom. —Le tendió una mano que ella ignoró—. Represento legalmente al señor Anthony Redgrave tercero. ¿Lo conoce?

—Yo... —masculló Sierra sin dar mucho crédito a lo que estaba pasando y sopesando si debería darle con la puerta en las

narices y subir a casa—, sé quién es, por supuesto. Aunque no diría que nos conocemos.

—Pues eso es precisamente algo a lo que mi cliente quiere poner remedio. El señor Redgrave tiene la firme sospecha de que usted podría ser —titubeó— parte de su familia biológica. Su nieta, para ser más precisos. Y, dado que el estado de salud del señor Redgrave se ha agravado en los últimos meses, solicita un encuentro con usted. —Sierra sacudió la cabeza con desconcierto—. Todo esto debe de parecerle abrumador. No obstante, le prometo que encontrará las explicaciones pertinentes aquí —señaló el sobre, que ella recogió con mano dudosa—. Lamento haberla abordado en estas circunstancias, pero he de reconocer que es usted bastante esquiva. Nos ha costado semanas localizarla. ¡Y ya ni hablemos de sus horarios! En fin... —carraspeó—, mi tarjeta está dentro. Llámeme si tiene alguna duda o si necesita que el bufete le organice el traslado a Santa Cecilia.

Isla Santa Cecilia.

Hacía mucho que Sierra no pensaba en aquel lugar. Que se obligaba a no hacerlo.

—Verá, ahora lo único que quiero es llegar a mi casa. Siento mucho que haya tenido que venir hasta aquí para nada.

—No se preocupe. La dejaré tranquila. —Se apartó de ella dando algunos pasos hacia atrás muy lentamente, mostrando las palmas de las manos a la altura del pecho y con una sonrisa breve y sinuosa—. Como le he dicho, ya tiene mi tarjeta. Esperaremos su llamada.

Dio media vuelta y se alejó en dirección a un Mercedes verde oscuro que estaba aparcado en la calle.

«Pues esperen sentados», murmuró ella cerrando el portal tras de sí, asegurándose de que aquel tío se montaba en su coche, y pulsando el botón del viejo ascensor que comenzó a bajar con el estruendo desagradable de las máquinas viejas y faltas de

mantenimiento. Solo al subirse, cayó en la cuenta de que seguía agarrando el sobre con fuerza entre los dedos.

* * *

Su piso la recibió sumido en una completa oscuridad. El único sonido que rompía la quietud del silencio imperante era el tintineo de la cadena de seguridad que acababa de cerrar, y aquello la hizo respirar con alivio. Lo último que necesitaba esa noche era que el capullo de su ex no se hubiera dado por aludido cuando sacó todas sus porquerías al descansillo. Sin embargo, todavía flotaban en el aire los últimos vestigios de su presencia, como el persistente aroma de su desodorante o el ligero tufo a maría que parecía haber impregnado para siempre las paredes del apartamento.

No sabía identificar cuál de los dos olores fue el detonante, quizás fuera la combinación de ambos, pero en ese momento sintió de nuevo la bilis subiendo por la garganta y las náuseas se volvieron aún más virulentas. Atravesó el pasillo a toda velocidad, sin detenerse a encender ni una sola luz, y consiguió llegar al inodoro justo a tiempo.

Le dolían las costillas por el esfuerzo. Su cuerpo se empeñaba en seguir purgándose cuando era más que evidente que en su maltrecho estómago no había nada más que expulsar. Tras terminar, necesitó quedarse sentada en el suelo unos minutos para recuperarse, con los ojos llorosos y el regusto de la hiel quemándole en la boca.

Vuelve a casa.

Otra vez esas palabras susurradas desde el fondo de su cabeza, erizándole la piel y haciendo que su cuerpo se estremeciera con un fuerte respingo.

De repente tenía la sensación de que no estaba sola en el apartamento.

Fijó la vista en el pasillo oscuro, escudriñando las sombras, claro que no era capaz de distinguir nada, abotargada como estaba por el esfuerzo y las lágrimas. Sentía el corazón acelerado como un colibrí enjaulado que pugnaba por salírsele del pecho. Se incorporó con esfuerzo, apoyando las manos en los resbaladizos azulejos del baño, y se agarró al vano de la puerta.

Había una figura al final del pasillo.

La misma que la había acechado en la pista de baile.

Vuelve a casa, insistió.

En apenas una fracción de segundo le pasaron mil cosas por la cabeza: que aún permanecía bajo el efecto de la droga que había consumido, que sufría algún tipo de tumor cerebral, que en Santa Cecilia tenían razón y las mujeres de su familia eran todas unas brujas... que Amanda había vuelto para atormentarla.

Extendió una mano temblorosa hasta el interruptor, y en cuanto lo pulsó, el brillo parpadeante de los tubos halógenos del plafón la cegó durante un momento. Cuando dejó de parpadear, aquella cosa, si es que hubo algo allí con ella, desapareció.

Entonces vio la sangre.

En el interruptor. En su mano. En el marco blanco de la puerta. Entre sus piernas...

Se dio la vuelta y la mancha rojo brillante que se había formado junto al inodoro, justo donde se había dejado caer tras vomitar, brillaba en contraste con el blanco de las baldosas, captando su atención.

Sierra se llevó las manos al vientre casi por instinto y tuvo que respirar hondo varias veces para tratar de sobreponerse a la angustia por todo lo vivido aquella noche.

Poco después, suspiró aliviada.

CAPÍTULO 2

Tres semanas después

22 de septiembre de 1997

A pesar de que al otoño aún le quedaban un par de días por llegar, aquella mañana de septiembre, mientras se aferraba con los enguantados dedos ateridos a la barandilla del ferri, Sierra sentía el frío cortante del viento estrellarse contra su cara. El mar estaba calmado, o al menos eso parecía, ya que la espesa niebla salobre que emanaba de él no dejaba ver mucho más allá. Estaba tan arrecida que lamentó haber olvidado la bufanda dentro de su coche, estacionado en la bodega de carga del barco que, en ese momento, atravesaba las gélidas aguas de Maine de camino a Santa Cecilia.

La silueta de la isla comenzó a perfilarse contra el brumoso horizonte como recién salida de un sueño. Una mole oscura que iba aumentando su tamaño y claridad conforme se aproximaban a la costa; un monstruo de fauces abiertas hacia el que se dirigía por voluntad propia. La muchacha se arrebujó en la vieja chaqueta de cuero que le venía varias tallas grande y se le antojó demasiado liviana para aquel clima. Su cuerpo comenzó a estremecerse; sin embargo, no estaba del todo segura de que la única causa fuera la baja temperatura.

Una vez que el barco arribó a puerto, Sierra se subió al roñoso *Dodge* de tercera mano con el asiento trasero a punto de rebosar de cajas, que albergaba todas sus pertenencias terrenales. O al menos todas las que no había abandonado tras de sí cuando, en un arrebato propiciado por las facturas médicas sin pagar y las llamadas acuciantes de su casero reclamando el dinero del al-

quiler, tomó la tarjeta de Fairfax, Hollister y Bloom y marcó con diligencia los números que aparecían en ella. Tras finalizar la conversación, había girado varias veces el pequeño rectángulo de papel entre los dedos, preguntándose si acababa de cometer la mayor estupidez de su vida. Y era difícil poder adjudicar el primer puesto, porque a sus veinticinco años ya había perdido la cuenta de todas las veces que la había cagado a lo grande.

Pero sí, en el futuro acabaría dándose cuenta de que aquella había sido la peor.

Pasó a gran velocidad frente a las instalaciones de la conservera Redgrave Seafoods, que ocupaban una gran parte del puerto, y condujo en paralelo al paseo marítimo hasta llegar al cruce con la calle principal. Fue entonces cuando se permitió aminorar para poder echar un vistazo a su alrededor.

Santa Cecilia parecía haber quedado anclada en el tiempo.

Era como observar el interior de una bola de nieve de cristal de las que se compran en las tiendas de recuerdos.

Los viejos comercios, cuyos nombres habían formado parte de su infancia, seguían allí más de ocho años después. Había algunos nuevos que no reconocía, aunque la sensación que la embargó fue la de contemplar un diorama de su propio pasado.

Arces y robles flanqueaban las avenidas en una preciosa miríada de tonos rojizos y dorados tan característica en aquella época del año. Los niños, que acababan de terminar el horario escolar, pedaleaban subidos en sus bicicletas para enfilar el camino de vuelta a sus preciosas casas, ubicadas en las tranquilas calles residenciales que rodeaban el centro del pueblo.

En la marquesina del cine Rialto seguían sustituyendo algunas de las letras de color negro, perdidas incluso desde antes de que Sierra naciera, por sus homólogas de color rojo. Aquel fin de semana anunciaban el estreno de una nueva película protagonizada por Al Pacino y Keanu Reeves.

Todo parecía idílico en Santa Cecilia hasta que dejaba de serlo.

Y justo donde las edificaciones del pueblo comenzaban a espaciarse, antes de que la carretera se convirtiera en el camino que atravesaba la arboleda que conducía a Redgrave Manor, estaba situado el Preacher's Inn, donde podías tomar el mejor café y las tartas más deliciosas de la isla. El local ocupaba la parte baja de una hermosísima casa de estilo Reina Ana de color celeste brillante con cenefas blancas en la que destacaba un pequeño torreón octogonal. La planta superior daba cabida a cinco coquetas habitaciones donde podían alojarse los huéspedes de la posada (aunque ahora preferían denominarla *Bed & Breakfast*, tal y como rezaba el nuevo letrero colgante), además de la buhardilla en la que se encontraba la vivienda de la propietaria. Sierra sabía todo esto porque había pasado en aquel pintoresco lugar toda su infancia y adolescencia, ya que estaba regentado desde hacía más de cuarenta años por Amelia, su abuela, a la que no se había molestado en informar de su llegada.

Estacionó la tartana en uno de los huecos del aparcamiento más alejados de la puerta y permaneció un buen rato allí plantada, escuchando cantar a los pequeños carboneros de capucha negra que habitaban la zona boscosa cercana. Aquella música sonaba a hogar, y no había sido consciente de haberla añorado hasta ese momento, después de tantos años habiéndola sustituido por el sonido del tráfico de la ciudad.

Inspiró profundamente, llenando los pulmones de un aire tan cargado de aroma a salitre y cedro que casi podía saborearlo. Se llevó las manos a la boca y las calentó con su aliento para que dejaran de temblequearle por el frío, o quizás aquel temblor era producto del nudo de nervios que le atenazaba el pecho. Volvió a tomar aire, insuflándose de valor antes de la batalla, agarró la funda de su guitarra y subió los escalones de la entrada con la vista clavada en la madera del suelo.

La campanilla de la puerta delató su presencia nada más cruzar el umbral, así que Sierra permaneció inmóvil durante algunos segundos, como si hubiera sido pillada en mitad de una trastada y esperara que alguien apareciera para reprenderla. El suelo de madera era viejo y, aunque crujía un poco con cada paso, se notaba que lo habían pulido hacía poco. De las paredes de florido papel pintado colgaban cuadros tan antiguos como la propia casa; había bodegones oscuros, retratos de gente de la que Sierra nunca había oído hablar y, sobre todo, paisajes pastoriles y escenas de caza. A su derecha quedaba el pequeño y anticuado mostrador de recepción, tras el que no apareció nadie; a su izquierda percibió el bullicio del comedor a través de las puertas francesas de cristal esmerilado, que se encontraban abiertas de par en par, y el característico olor a café recién hecho y a masa horneada.

Dejó sus bártulos en el suelo del recibidor y entró en la cafetería a paso lento, con una delicadeza de la que normalmente carecía, pensando que los parroquianos presentes se volverían hacia ella con curiosidad, dejando los tenedores a medio camino de sus bocas embobadas.

Pero eso no fue lo que pasó.

Al ver que todo el mundo seguía disfrutando de sus tostadas francesas y sus huevos revueltos como si nada, comprendió que a nadie parecía importarle su presencia allí.

No sabía si sentirse aliviada o un poco decepcionada.

Se acercó hasta la barra y admiró embargada por la nostalgia los expositores llenos de tartas con el inconfundible sello de la abuela. Una chica muy joven con un mandil de color verde que la identificaba sin lugar a dudas como camarera apareció de repente frente a ella.

—¿Desea tomar algo? —preguntó con una agradable sonrisa. La plaquita que tenía prendida revelaba que se llamaba Lily.

Sierra intentó contestar; sin embargo, las palabras no le salían de la boca. En apenas un instante había retrocedido una década y se vio a sí misma con idéntico delantal, tras la misma barra, atendiendo a los clientes del café mientras la abuela hacía su magia en la cocina. Si miraba a la mesa del fondo, la del sofá esquinero, casi podía ver a los nietos Redgrave tomando batidos y peleando por las patatas fritas. Si las lágrimas no hubieran empezado a empañarle los ojos y el corazón dejado de martillearle en el pecho, sería capaz de distinguir a Mandy haciendo alguna mueca graciosa para sacarle una sonrisa.

—Yo... —titubeó—, estoy buscando a Amelia. Amelia Rivera.

—¿A Mellie? —preguntó la camarera entornando los ojos con curiosidad y levantando su naricita respingona—. Salió a hacer unos recados hace un par de horas. Debe de estar a punto de llegar. —Lily hizo una pausa suspicaz y la recorrió de arriba abajo con la mirada, desde las bastas botas militares a los rizos rubios enmarañados, pasando por la ajada cazadora de cuero varias tallas más grande—. Si lo que necesita es una habitación, yo puedo ayudarla. La jefa a veces me deja ocuparme de la recepción —añadió sacando pecho con orgullo.

—No, gracias. Creo que simplemente me sentaré aquí a esperar —declaró mientras se encaramaba a uno de los taburetes pegados a la barra.

—Como quiera —acabó claudicando con desilusión la muchacha. Se dio la vuelta para marcharse a atender a algún otro cliente, aunque en el último momento pareció arrepentirse y volvió a girarse hacia Sierra—. ¿Seguro que no le apetece nada?

—Café —concluyó cortante—. Solo café.

—Marchando una taza de café.

Lily le sirvió el oscuro y humeante brebaje en una de las típicas tazas color crema, ligeramente más estrechas por el centro, que conformaban la vajilla de la cafetería desde que Amelia es-

taba al mando. Primero la rodeó entre las manos para absorber el calor, después se la llevó a los labios y lo saboreó. No recordaba cuándo había dormido por última vez, así que la cafeína le vino de perlas a su cerebro abotargado. Aquel café con notas de nuez moscada le supo a noche en vela leyendo *Matar a un ruiseñor* por primera vez; a abrazos de su abuela y a examen de álgebra. Aquel café sabía a hogar.

Apenas llevaba allí sentada un cuarto de hora cuando captó el tintineo de la campana sobre la puerta de entrada y escuchó una voz inconfundible que la hizo envararse en el asiento y pasarse la mano por el cabello para adecentarlo un poco.

Amelia Rivera entró en la cafetería sosteniendo entre los brazos varias bolsas de papel del supermercado, mientras conversaba animadamente con un joven vestido con el uniforme del departamento de policía de Santa Cecilia, que a Sierra le pareció vagamente familiar, y que cargaba con un par de sacos pequeños de lo que parecía ser harina y azúcar. La mujer era menuda y más bien bajita, aunque se le notaba desde lejos una vitalidad apabullante.

Por un momento Sierra se sintió cohibida, tentada de agachar la cabeza y bajar la mirada antes de que su abuela la reconociera. Pero, por otra parte, tampoco quería dejar de observarla. La media melena oscura de Amelia ya no estaba salpicada de hebras blancas, sino que ahora era más corta y completamente gris; ese era el único cambio físico que Sierra podía observar en ella, ya que le seguía pareciendo tan hermosa y enérgica como siempre. Llevaba las gafas de carey colgando del cuello a modo de collar, camisa vaquera y un cárdigan de punto que, estaba segura, se había tejido ella misma.

—Lily, corazón, ayúdame a llevar estas cosas a la cocina, que el agente Bellamy querrá sentarse a disfrutar de su tortilla especial —le pidió Amelia a la joven al tiempo que le guiñaba el ojo

al policía con zalamería. Después, dejó las bolsas sobre la barra sin reparar en la persona que estaba sentada apenas a un par de metros de ella.

—Hola, Nick —saludó la camarera, visiblemente ruborizada, mientras cogía los sacos y traspasaba el mostrador—. Por cierto, Mellie, tienes visita —informó haciendo un gesto con la cabeza hacia Sierra.

De primeras, el rostro de Amelia reflejó a la perfección la impresión por la sorpresa. Después, se llevó la mano al pecho y tragó saliva con los ojos vidriosos.

—Hola, abuela —saludó Sierra con un hilo de voz mientras se ponía en pie y avanzaba un par de pasos hacia ella—. He vuelto.

La mujer se acercó a ella y la tomó de las manos. Las tenía muy calientes, tal y como Sierra las recordaba. Su abuela era tan cálida y acogedora como una chimenea encendida en una noche gélida. Después la tomó del rostro y sonrió diciendo:

—Ya lo veo. Estás en casa.